

“HISTORIA MEXICANA” EN EL BANQUILLO*

Josefina Zoraida VÁZQUEZ
El Colegio de México

HISTORIA MEXICANA CUMPLIÓ veinticinco años al ver la luz el número 100. Esto no sorprendería a nadie en medios más estables, pero en nuestros países resulta excepcional el que una publicación periódica sobreviva tanto tiempo, ya que generalmente duran los mismos años que las autoridades que las fundan o perecen con el menor cambio de aires.

Desde que se estableció el Centro de Estudios Históricos en El Colegio de México, a principios de los años cuarenta, se había intentado darle un órgano que publicara el producto de sus investigaciones. Entonces escaseaban los recursos financieros y no se llegó a fundar. Irónicamente, a principios de 1950, cuando se decidió clausurar el programa de cursos en historia, el grupo de estudiantes que estaba por egresar se acercó al doctor José Miranda en busca de alguna ayuda para situarse en la vida académica. A don José, orgulloso de la formación que El Colegio había dado a aquellos jóvenes historiadores, se le ocurrió establecer un seminario de investigación con una revista que difundiera sus trabajos, otorgándosele a cada miembro del seminario un sueldo de 250 pesos, que entonces alcanzaba para sobrevivir. La idea

* Este artículo se publicó originalmente en el número 100 de *Historia Mexicana* (vol. xxv:4, abril-junio 1976). Se reproduce ahora con algunos cambios.

se le planteó al secretario de El Colegio, Daniel Cosío Villegas, quien la oyó con interés.

Desde 1948 don Daniel estaba preocupado por formar un equipo de investigación para estudiar la historia moderna de México y, justamente entonces, había empezado a constituir el grupo. La idea de Miranda vino a abonar el viejo deseo de tener una publicación periódica histórica, pero con un enfoque diferente. A Cosío le preocupaba, más que resolver el problema inmediato de un pequeño grupo de jóvenes que con toda seguridad encontrarían acomodo, establecer un foro donde pudieran expresarse las nuevas corrientes filosófico-históricas que tanto ruido armaban en la vieja escuela de Mascarones, seguramente con el deseo pragmático de ver si salía algo en claro. Don Daniel pretendía también dar oportunidad a los historiadores de provincia de publicar sus trabajos, como parte de su gran deseo de ampliar los horizontes académicos del país.

Don Daniel se lanzó a obtener fondos para algunos números, antes de convocar una junta para la fundación de la revista. La aportación la habían dado Alberto Misrachi, Jesús Hernández Delgado (Nacional Financiera), Rodrigo Gómez (Banco de México), Virgilio M. Galindo, Carlos Prieto (Compañía Fundidora de Fierro y Acero de Monterrey), Carlos Trouyet, Francisco Javier Gaxiola (Banco Agrícola y Ganadero de Toluca), Enrique Sarro (Altos Hornos de México), Antonio Carrillo Flores (Nacional Financiera), Alfonso Comandea Ferreira (Financiera Nacional Azucarera), Graciano Guichard (Banco Nacional de México), Julián Rodríguez Adame (Algodonera Figueroa) y Raúl Bailleres, a quienes él mismo expresó su gratitud en la introducción al índice de los diez años de *Historia Mexicana*. De esa manera se sostuvo la revista durante "los años malos", hasta que, ya institucionalizado, El Colegio pudo patrocinarla plenamente.

Solucionado el financiamiento, el problema fue contar con colaboradores, y también ahí se tropezó con obstáculos por los temores de que la nueva revista dificultara la obtención de artículos para revistas como *Historia de América*, *América Indígena*, y *Filosofía y Letras*. Fue esto lo que decidió

que el enfoque de la revista se limitara al campo estricto de la historia de México.

Todo contribuyó al éxito de los primeros números de *Historia Mexicana*. En primer término, el tema, que al decir de don Daniel, "sigue siendo uno de los campos predilectos de la curiosidad y de la inteligencia nacionales". En segundo lugar, el impresionante consejo de redacción: Arturo Arnáiz y Freg, Alfonso Caso, Daniel Cosío Villegas, Wigberto Jiménez Moreno, Agustín Yáñez y Silvio Zavala, quienes, según las malas lenguas, no se enteraron de su alta misión hasta después de aparecido el primer número. De todas formas, era una buena sombra para cobijar una nueva publicación. En tercer lugar, estuvo la amplia publicidad que se le dio. En aquella ciudad de mediados de 1950, que ahora se antoja tan chica, había lugares reservados en las paredes para carteles de cine y teatro, así como propaganda política y comercial. En el primer cuadro, casi cada esquina tenía estos anuncios y mientras uno esperaba su camión o su tren, leía y releía aquellos carteles. Éstos probaron ser mejor vehículo de anuncio que la televisión, ya que los números 1 y 2 alcanzaron una reimpresión inmediata. Este tipo de publicidad duró hasta 1953, año en que el flamante regente Ernesto Uruchurtu, dentro de su plan de embellecimiento que al final tanto afeó a la indefensa ciudad, lo prohibió.

El consejo de redacción fundador continuó hasta el número 35 (enero-marzo, 1960). Según sabemos, don Daniel fue durante ese largo periodo el promotor de colaboraciones y contó con la eficiente ayuda de Antonio Alatorre para corregir estilo y pruebas. A partir del número 35, don Daniel decidió entregar la revista a un nuevo consejo de redacción formado por Emma Cosío Villegas, Luis González, Moisés González Navarro, Guadalupe Monroy, Luis Muro, Berta Ulloa, Marta Sáenz, Susana Uribe y Fernando Zertuche. Don Daniel apareció como director y los viejos miembros del consejo como fundadores. Este encabezado se mantuvo hasta el número 45 (julio-septiembre, 1962), en que Cosío Villegas empezó a aparecer como fundador y desapareció toda huella del primer consejo. También desaparecieron del segundo consejo algunos miembros y aparecieron otros

como María del Carmen Velázquez, Jorge Alberto Manrique y Josefina Zoraida Vázquez hasta que, a partir del número 70 (octubre-diciembre, 1968), se decidió que el consejo de redacción estuviera constituido por el mismo cuerpo de profesores del Centro de Estudios Históricos. Del número 64 al 69 existió temporalmente un cuerpo de redactores formado por los entonces estudiantes de maestría que deseaban colaborar en la revista. Al principio lo hicieron con entusiasmo, pero a medida que se comprometieron en la elaboración de sus respectivas tesis, fueron abandonando la tarea. Esto no obstó para que se continuara dando oportunidad a los estudiantes de reseñar libros y publicar artículos, práctica que ha resultado estimulante para ellos y beneficiosa para la revista, ya que muchos de los mejores artículos son producto de seminarios de investigación elaborados en los archivos (véanse, por ejemplo, los números 56 y 67).

En general, la política de la revista fue de no dar crédito al trabajo de edición. Ya dijimos que durante 36 números todo el trabajo descansó en los hombros de Cosío Villegas y Alatorre. Después se intentó que los miembros del consejo de redacción se turnaran el trabajo, lo que dio lugar a una serie de problemas de selección y edición, por lo que la tarea terminó en manos de Luis González y Luis Muro. Más tarde se encargaron del trabajo Josefina Zoraida Vázquez (vol. XIV) (julio 1963-junio 1964), Jorge Alberto Manrique (vols. XV a XIX) (julio 1965-junio 1967), y nuevamente Luis González. A partir del número 79 (XX:3) (enero-marzo 1971) se hizo cargo de la edición Enrique Florescano, quien por primera vez recibió crédito como director de la revista. Florescano la dirigió hasta el número 4 del volumen XXIII (abril-junio 1974). A partir del XXIV (julio 1974) se intentó darle un papel más activo al consejo de redacción, con profesores que eligieran formar parte, quedando el cuidado de la edición en manos de Bernardo García Martínez.

Sin duda, cada persona que ha tenido la revista a su cargo le ha imprimido un carácter especial. Pero la influencia más grande fue la de don Daniel, cuya personalidad abierta a todas las expresiones puso las páginas de *Historia Mexicana* a disposición de todos los grupos y regiones del país. Como

entonces trabajaba en la *Historia moderna*, fue notable su gran interés por el siglo XIX, lo que explica seguramente el alto número de artículos que sobre ese siglo encontramos en los nueve primeros volúmenes (115 sobre el siglo XIX, en comparación con 75 de historia colonial y 29 del XX). Cosío, trató de estimular la lectura de la publicación haciendo que en sus páginas se entablaran polémicas con cualquier motivo, ya fuera sobre archivo como el de Díaz, cerrado al uso de algunos historiadores ("Historia y prejuicio", de D. Cosío, I:1; "Una carta", de P. Martínez del Río y "Entrega inmediata", de D. Cosío, 1:3), o sobre la aparición de libros provocativos ("Punza Poinsett", de M. González Ramírez, I:4, y "Una respuesta", de J. Fuentes Mares, II:1). También se empeñó en aligerar la revista con títulos ingeniosos como "¡Ya viene la bola!", "¿Dónde está el villano?", "Los frutos del golpe" —que en general contrastaban con los muy serios y académicos de la mayoría de los artículos— e incluyendo reportajes del pasado, como los de Mario Gill.

Un vistazo a los 99 números de *Historia Mexicana* nos dice también bastante de los cambios que ha habido en el campo de la historia en México. Para bien o para mal, la revista refleja la profesionalización de la historia en el país; los primeros números estaban llenos de artículos de toda clase de plumas: escritores, filósofos, periodistas, antropólogos e historiadores aficionados. Esto le daba mayor agilidad y variedad a la revista, la que incluso tenía un mayor número de artículos. En los primeros volúmenes se incluían ocho o nueve por número, en los intermedios siete, y, a partir del XX, de cinco a seis. Los artículos de los primeros números estaban en general tan bien escritos, que surge la duda de en qué medida esto se debe a la espléndida corrección de estilo hecha por Alatorre.

Sin duda, el grupo de historiadores de principios de los años cincuenta era reducido. La expansión del Colegio de Historia en Filosofía y Letras durante esa década, la apertura de la carrera de historia en la Universidad Iberoamericana en 1958, la reapertura de cursos en el Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México en 1962 y, más recientemente, la reorganización del Departamento de Investiga-

ciones Históricas del Instituto Nacional de Antropología e Historia, han formado un gran número de jóvenes historiadores. Estos profesionales de la historia han tenido la suerte de encontrarse en un medio que ya les permite dedicarse a la investigación, sin tener que vivir a salto de mata, dando clascitas, ocupando puestos burocráticos y hasta trabajando como vendedores, como tuvimos que hacer quienes osamos elegir esta carrera allá por los cuarenta y principios de los cincuenta. Becas para estudiar e investigar en el exterior y tiempos completos en diversas instituciones se reflejan en la sofisticación con que se enfrentan algunos temas, el grado en que los artículos están a tono con las modas internacionales, y el número de citas que los acompañan.

Por cierto que *Historia Mexicana* no sólo refleja los cambios en la historiografía mexicana; también acusa un creciente interés mexicanista en el exterior, simbolizado por el elevado número de artículos que llegan a la redacción de la revista sin haberlos solicitado. Desde un principio hubo colaboraciones de historiadores extranjeros, aunque en los primeros volúmenes su procedencia era variada y poco a poco han predominado los autores norteamericanos. En los primeros diez volúmenes hubo un promedio de seis artículos de extranjeros por volumen, de un total de 27 a 33 artículos; en la siguiente década el promedio subió a ocho, de un total de 27 a 30; en los últimos cinco, después de elevarse a 12 en los primeros tres volúmenes, ha bajado a un promedio de siete en un total de 21 a 24 artículos (véase cuadro 1).

Desde su fundación, la revista quiso prestar un servicio a los estudiosos de la historia, informando sobre el acervo de diversos archivos, bibliotecas y otras instituciones similares en el país. Ése fue el caso de las siguientes reseñas: "El Centro de Documentación del Museo Nacional de Historia" (IV:2); "Sumaria relación de las bibliotecas de Michoacán" (III:1); "La Nueva España y las Filipinas" (III:3); "El archivo municipal de Colima" (VIII:2); "El archivo histórico de Matías Romero" (VIII:2); "La revolución en Relaciones" (X:3); "El archivo del ex-ayuntamiento de México" (XII:4); "El ramo de Filipinas en el Archivo General de la Nación" (XIV:2); "Índice y extractos del archivo notarial

Cuadro 1
AUTORES EXTRANJEROS EN *HISTORIA MEXICANA*

<i>Volumen</i>	<i>Total de artículos</i>	<i>Número de autores extranjeros*</i>	<i>Volumen</i>	<i>Total de artículos</i>	<i>Número de autores extranjeros</i>
I	33	2	XIV	32	9
II	33	8	XV	27	2
III	33	6	XVI	30	7
IV	32	5	XVII	28	6
V	34	8	XVIII	27	13
VI	27	8	XIX	28	9
VII	27	8	XX	20	13
VIII	24	5	XXI	24	13
IX	28	5	XXII	23	14
X	33	7	XXIII	21	11
XI	31	9	XXIV	21	7
XII	32	7	XXV	23	6
XIII	28	7			

* No se consideró como extranjeros a aquellos que trabajan en instituciones mexicanas.

de Orizaba" (XVI:4); "El archivo municipal de Zongolica, Ver." (XX:1), y "Los archivos de Guadalajara" (XXV:1). También se analizan archivos, bibliotecas, publicaciones y centros de enseñanza en la serie "La historia y sus instrumentos" en la cual se han ofrecido artículos que se refieren a Jalisco (I:1), Nuevo León (I:3), Michoacán (II:1), Oaxaca (II:3), Durango (XI:2), Querétaro (XVIII:2), Puebla (XIX:3) y Xalapa (XXIV:4). Además, se han ofrecido reseñas sobre fuentes documentales para la historia de México en archivos extranjeros: "Catálogo del archivo de don Lucas Alamán que se conserva en la Universidad de Texas, Austin" (IV:2 y 3); "El Archivo de Béxar" (V:3); "Lecturas mexicanas en la Biblioteca Nacional de París" (VIII:3); "Un gran archivo histórico mexicano en París (VIII:1); "Manuscritos

mexicanos en la biblioteca de la Universidad de Yale” (IX:3); “Documentos mexicanos en Austria” (X:3); “Miscelánea sobre la independencia” (manuscritos en la Biblioteca del Congreso de Washington, XI:1); “La alianza tripartita en el *Public Record Office* de Londres” (XI:4); “Intervención francesa y segundo imperio” (en el *Public Record Office*, XIII:2); “Fuentes desconocidas de la historia mexicano-judía” (XIV:4); “Fuentes de la historia de México en archivos norteamericanos” (XVIII:3); “México en los archivos diplomáticos y consulares de Francia” (XIX:2); “Documentos mexicanos en archivos de la República Democrática Alemana” (XIX:3), y “Las haciendas jesuitas en México, índice de documentos existentes en el Archivo Nacional de Chile” (XX:4 y XXI:1).

Daniel Cosío Villegas, su fundador, trató de transmitir a la revista el gusto por la crítica y la capacidad para recibirla con buen espíritu. Las reseñas fueron uno de los fuertes de la revista en la primera época, y se les dio el carácter de verdaderos artículos, pues en realidad lo eran tanto por su extensión como por la discusión que hacían de aspectos esenciales de algunos libros.

Cosío, con sus múltiples conocidos en diversos medios, pudo lograr que libros importantes fueran reseñados a pesar de que los autores no pertenecieran a los grupos reconocidos de intelectuales. Parece ser que él enviaba a los reseñadores, elegidos por sus conocimientos del tema, copias de las pruebas de imprenta, de manera que cuando el tomo aparecía ya había una gran cantidad de reseñas listas para publicación. Entonces se elegían las más académicas para la revista, y las otras se enviaban a otras publicaciones y periódicos. Veamos un ejemplo para apreciar cómo funcionaba el mecanismo. Cuando apareció el segundo volumen de la *Historia moderna*, a cargo de Luis González, la primera reseña fue de Moisés González Navarro, “Crítica de una historia social”. González Navarro encontraba una serie de lagunas, que en términos generales justificaba por “la complejidad teórica de organizar un esquema y [...] por la dificultad de recopilar la información”. En el mismo número, dos de los autores del tomo contestaban las críticas: Luis González y

Guadalupe Monroy. González empezaba por resumir la lista de omisiones y defectos: "dejo fuera del recinto de mi trabajo a la iglesia católica y a las clases media y alta. Caigo en grandes defectos cuando sólo esbozo temas relativos a la criminalidad, la colonización y los terrenos baldíos. Me excedo al estudiar la vida de apaches y comanches, tribus a quienes nuestras leyes tenían por extranjeros y malgasto la quinta parte de mi libro en las minorías indígenas. En fin, peco por inexactitud al atribuir una política agraria al estado mayor de la república restaurada [. . .]. Los temas omitidos no son los antes indicados, sino otros muchos. Aunque voluminoso, este libro no aspira a ser una compilación o repertorio de todos los temas sociales; aspira a una visión unificadora de la sociedad de la república restaurada, enlazada con los panoramas político y económico de los dos volúmenes ya publicados. Algo de lo que parece faltar aquí, hay que irlo a buscar allá".

No pareció bastar con una crítica y dos respuestas, sino que se añadió una "Réplica" de González Navarro, y dos reseñas más. En la primera, González Navarro matizaba sus afirmaciones y terminaba reiterando sus elogios a la obra, pidiendo que no se le atribuyeran "tesis y palabras" que no había pronunciado. Las otras dos reseñas parecen producto de la consideración de que los polemistas eran todos de casa, por lo que para honrar la objetividad se incluían reseñas neutrales, una mexicana de Manuel Bravo Ugarte y otra norteamericana de Frank A. Knapp.

Tal eficiencia en conseguir reseñadores serios contrasta con la apatía posterior que ha permitido que libros publicados por el propio Centro de Estudios Históricos quedaran sin la más breve mención, ya ni se diga largas reseñas como las del ejemplo ya citado, que ocuparon treinta páginas impresas. Parte de este desinterés se debió al pesimismo con que el segundo consejo de redacción veía una crítica tan intensiva de libros aislados. Sus miembros pensaron que sería de mayor utilidad lograr que se hicieran balances anuales de libros publicados, en donde se pudiera dar a conocer lo aparecido en diversas lenguas.

Sólo unos cuantos balances llegaron a elaborarse: "Histo-

riografía mexicanista-Alemania, 1959" (X:1); "Aportación norteamericana a la historiografía de la revolución mexicana" (X:2); "Historiografía mexicanista-Estados Unidos, 1959-1960, I. Nueva España" (XI:2), "Bibliografía mexicanista-Estados Unidos, 1959-1960, II. México independiente" (XI:2), "Historiografía mexicanista-Francia, 1959-1960" (XI:1), e "Historiografía mexicanista-Francia, 1961-1963" (XIV:3).

Esta idea de una reseña múltiple era excelente, pero sin duda no pudo sostenerse y se siguieron publicando reseñas particulares, que se incrementaron en los volúmenes XXI a XXIII (julio 1971-junio 1974). Aparecieron dos tipos de reseñas, unas largas y otras bastante cortas. Tal vez porque resultaba tan difícil reseñar los libros que aparecían sobre historia de México, pero al mismo tiempo frente a la necesidad de darlos a conocer, desde el volumen V se incluyó cada tercer número la sección de "Bibliografía histórica mexicana", que durante dos números estuvo a cargo de Xavier Tavera y, a partir del volumen VI, de Susana Uribe. La útil sección llegó a publicar 12 450 fichas y creció tanto, que después de aparecer por última vez en el volumen XVI:1, se convirtió en una publicación periódica aparte, que aparece anualmente.

Dado que Luis González, uno de los colaboradores más constantes de la revista, continuaba interesado en la idea de hacer un balance de lo producido, al presentarse la ocasión de conmemorar los 25 años de la fundación de El Colegio, en 1965, sugirió que el número de aniversario estuviera constituido por artículos que revisaran la producción historiográfica mexicana publicada durante ese periodo. Cada artículo consistió en una introducción sobre el panorama general, la apreciación crítica del tema estudiado y una bibliografía comentada. Los trabajos se ocupaban de los siguientes temas: historia de las ideas, de la historia, de las artes plásticas, de la ciencia, de la educación; historia económica y social, religiosa, política; época colonial, política; siglo XIX, política; la revolución mexicana; historia de la literatura; historia diplomática, prehispánica, de la independencia, de la intervención francesa; las síntesis de historia de México; historia de América y Filipinas, de España; historia universal y ciencias auxiliares de la historia. El resultado

formó los números 58-59 y 60, correspondientes al volumen XV:2-3 y 4, también publicados aparte como un libro al que se tituló *Veinticinco años de investigación histórica en México*.

Una de las finalidades que en realidad nunca llegó a cumplirse fue la de proporcionar un foro a las inquietudes filosóficas que agitaban el ánimo de los historiadores. El único artículo de ese tipo que se publicó fue el de José Gaos, "Notas sobre historiografía" (IX:4). Algunos otros que tocaban el tema analizaban más bien la producción histórica mexicana o la tarea del historiador en México. La mayoría de los artículos de análisis historiográfico eran una mera bibliografía comentada o emprendían el estudio de un solo historiador o cronista, casi todos coloniales, y en especial los del siglo XVI; únicamente diez se ocuparon de historiadores del siglo XIX o XX.

Sólo unos cuantos artículos se refirieron a la historia de México en general, ya que la mayoría estudiaba un periodo específico. Tratamos de clasificarlos de acuerdo con los periodos tradicionales (prehispánico, colonial y nacional), a pesar de las dificultades que éste presenta, ya que muchas veces los artículos se ocupan de periodos que se superponen. Transcribimos nuestros cálculos porque resultan algo inesperados. Encontramos solamente 26 artículos sobre lo que consideraríamos estrictamente historia prehispánica, puesto que otros como "El Códice Ramírez" o "El Libro XII de Sahagún", pertenecen a los estudios historiográficos. En cambio, pudimos contar 209 de historia colonial y 338 de historia nacional, sin tomar en cuenta artículos similares a los mencionados, por ejemplo, "La Historia de Durán" o "Icazbalceta y su obra". Entre los dedicados a la colonia, 60 artículos tratan sobre historia colonial en general, 61 sobre el siglo XVI, 22 sobre el XVII y 66 sobre el XVIII (hasta 1821). Al clasificar los artículos de la época nacional, que son los más numerosos, nos sorprendió encontrar que 221 se refieren al siglo XIX y 117 al XX. De esa manera, el siglo que muchos consideramos menos estudiado, parece haber tenido un gran atractivo. Vale la pena subrayar que la etapa de 1821 a 1857 merece un menor número de artículos que las siguientes.

También nos empeñamos en catalogar los artículos según el tipo de estudio histórico emprendido. El análisis no es exacto, puesto que la historia narrativa fue incluida a menudo en la política, y no siempre resulta clara esa clasificación; de cualquier forma sirve para dar una idea general. En los artículos de historia colonial encontramos que predomina la historia cultural con un 36.5% del total, seguida de la historia social, 24.7%, la económica, 21.8 y finalmente la política con sólo 17%. En cambio en los artículos del siglo XIX hay un predominio de la historia política que alcanza el 53.6, seguida de la cultural, 19.6, la social, 15.3 y sólo 11.5% de historia económica. Algo semejante sucede con los artículos del siglo XX: el 63% se refiere a temas políticos, 19.6 a culturales, 12 a historia social y sólo 5.4% a historia económica.

Veinticinco años después de su fundación, *Historia Mexicana* había recorrido un largo proceso de cambios y de profesionalización. Sin duda se alejó del público lego, que debía haber tratado de mantener, al perder agilidad con el incremento de su academicismo. A cambio, se ha convertido en un útil instrumento pedagógico. Esta utilidad se muestra en el uso que los profesores de historia en la educación superior hacemos de sus páginas, pero también en que muchos historiadores aficionados o semiprofesionales se han enterado a través de ella de nuevos métodos, nuevos enfoques, nuevas perspectivas de la historia. Hay artículos que han servido de "modelo" para muchos colegas o que simplemente han revivido viejos temas. A riesgo de ser muy injustos con muchos, mencionaremos algunos artículos recientes que consideramos renovadores: "El neóstilo. La última carta del barroco mexicano", de J. A. Manrique (XX:3); "Microhistoria para multiméxico", de L. González (XXI:2); "Grupos étnicos, clases y estructura ocupacional en Guanajuato, 1792", de D. A. Brading (XXI:3); "Cambios en los patrones de urbanización en México, 1810-1910", de A. Moreno (XXII:2); "La conquista educativa de los hijos de Asís", de J. M. Kobayashi (XXII:4); "Las escuelas lancasterianas en la ciudad de México, 1822-1842", de D. Tanck (XXII:4); "Peones, arrendatarios y aparceros en México, 1851-1853",

de J. Bazant (XXIII:2); "La Comisión Geográfico-Exploradora", de B. García (XXIV:4), y "Un airado mentís a Clavijero", de E. Trabulse (XXV:2).

Aunque no quisiéramos ser simples apologistas, sentimos que hay muchas razones para estar satisfechos, si bien las tareas por cumplir son múltiples. Éstas se lograrán en la medida en que *Historia Mexicana* pueda contar, cada vez en mayor grado, con la colaboración de personas e instituciones dedicadas a la historia.

